

CAPÍTULO V

Don Francisco Javier Mina, su nacimiento, sus estudios.—Alistase como voluntario en el ejército español del centro para combatir la invasión francesa.—Dirígese luego á Navarra y se pone á la cabeza de las guerrillas que allí se levantan.—Cae prisionero y es conducido á Francia.—Su regreso á España en 1814 y su expatriación á Inglaterra.—Concibe el proyecto de auxiliar á los independientes de México.—Influencia que tuvo la francmasonería en su resolución.—Trasládase á los Estados Unidos de América en compañía del padre Mier y desembarca en Norfolk (30 de junio de 1816).—Dificultades con que tropieza para organizar la expedición.—Embarazos suscitados por Alvarez de Toledo.—Mr. Dennis Smith, de Baltimore, protege la expedición.—Dirígese Mina á Puerto Príncipe, en Haiti (setiembre de 1816).—El doctor Mier, por orden de Mina, se traslada á Galveston.—Viaje de Mina hasta llegar á ese puerto (24 de noviembre de 1816).—Sus preparativos en Galveston para organizar la expedición.—Dirígese á Nueva Orleans á principios de 1817.—Sucesos ocurridos en Galveston durante su ausencia.—Regresa Mina á este último puerto (16 de marzo de 1817).—Salida de la expedición rumbo á las costas de Nuevo Santander.—Proclama de Mina á sus soldados en la embocadura del Río Bravo (12 de abril).—Desembarca la expedición en la orilla izquierda de la boca del río Santander (15 de abril).—Llega á Soto la Marina algunos días después.—Sepárase de la expedición el conde de Ruuth.—Manifiesto de Mina (25 de abril de 1817).—Regresa á Galveston el comodoro Aury con parte de la escuadrilla.—Disposiciones adoptadas por el gobierno vireinal para contrastar á Mina.—Destrucción de los buques de este general (17 de mayo).—Proclama que dirige á los soldados realistas mexicanos y españoles.—Manda construir un fuerte en Soto la Marina.—Deserción del coronel Perry y triste fin de este aventurero.—Salida de Mina hacia el interior al frente de su pequeña división (24 de mayo).—Su marcha desde Soto la Marina hasta Horcasitas.—Derrota á Villaseñor y entra en Valle del Maíz (8 de junio).—Su conducta en esta población.—Sale de Valle del Maíz y llega á la hacienda de Peotillos.—Marcha rápida que hace Armiñán para alcanzar á los independientes.—Batalla de Peotillos y triunfo señalado de Mina (15 de junio de 1817).—Pérdidas de los contendientes.—Armiñán se atribuye descaradamente la victoria.—Magnanimidad de Mina hacia los heridos del enemigo.—Abandona este general la hacienda de Peotillos y continúa su marcha al interior (16 de junio).—Armiñán ocupa á Peotillos y prescinde de perseguir á los independientes.—Pasa la división de Mina por el pueblo de la Hedionda y la hacienda del Espíritu Santo.—Asalto y toma de Pinos, en la intendencia de Zacatecas.—Saqueo de aquella población (19 de junio).—Prosigue Mina su marcha hacia el *Bajío*.—Atraviesa las desoladas llanuras que se extienden al sur de Pinos.—Su encuentro con la primera partida de independientes (23 de junio).—El capitán Erdozain es enviado al jefe independiente don Pedro Moreno para anunciarle la aproximación de Mina.—Entran éste y su división en el fuerte del Sombrero (24 de junio de 1817).—Efectivo de las tropas de Mina al llegar al fuerte.—Trofeos de guerra arrebatados á los realistas por su división desde Soto la Marina hasta el Sombrero.

Apareció, en efecto, á continuar la grandiosa lucha por la independencia un guerrero, cuyas proezas llegan á lo fabuloso, y que en una campaña de siete meses hizo temblar á los dominadores y estuvo á punto de apresurar cuatro años el término de la ensangrentada contienda que se abrió en 1810. Valor intrépido, increíble audacia, inteligencia en el arte de la guerra, nobles y levantados sentimientos, y ardiente culto á la libertad de los pueblos, son los rasgos más prominentes de ese ilustre joven á quien México cuenta en el número de sus más denodados campeones.

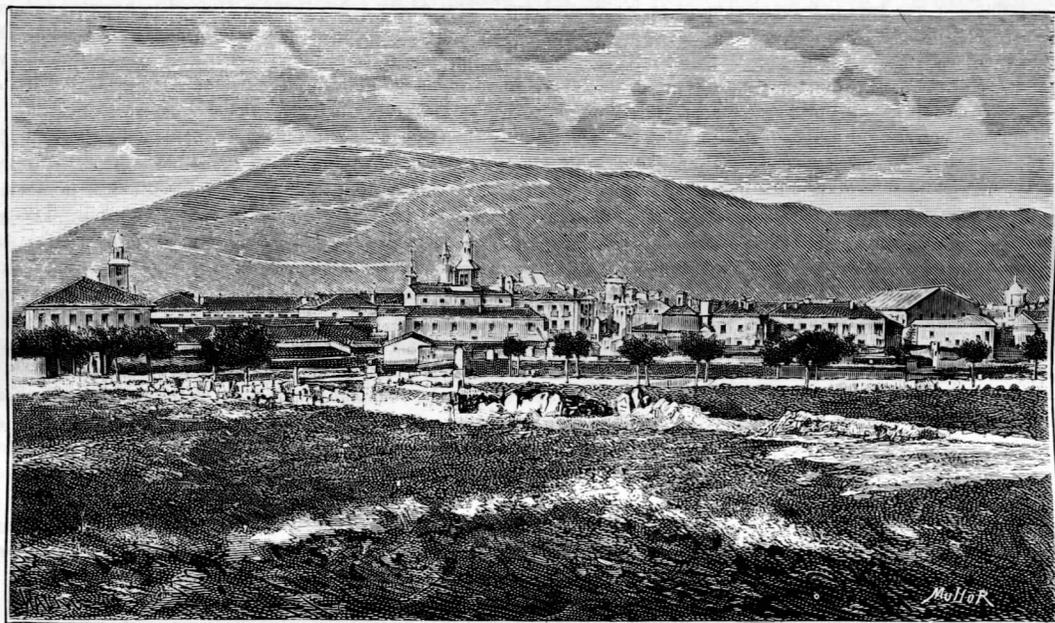
Fué don Francisco Javier Mina originario de Navarra, en España, donde nació en diciembre de 1789, año famoso que vió proclamar en Francia los derechos del hombre, y punto de partida de la gloriosa revolución que fecundó la conciencia del género humano. El padre de Mina, honrado labrador de las cercanías de Monreal, tenía los medios suficientes para asegurarle un bello porvenir. Deslizóse su infancia en las montañas de la tierra

natal entregado al ejercicio de la caza, cobrando de esta suerte la fuerza, agilidad y resistencia para afrontar y vencer los peligros, y de las cuales dió muestras sobradas en el curso de su rápida y azarosa existencia. Al entrar en la juventud fué puesto por su familia en el seminario de Pamplona, pasando luego á Zaragoza, donde debía terminar sus estudios de jurisprudencia. La lucha heroica á que se lanzó el pueblo español para rechazar el odioso yugo de Napoleón interrumpió la carrera de Mina. Voló á empuñar las armas en defensa de la patria, y se presentó como voluntario en el ejército del centro, siendo partícipe de los pavorosos reveses que entonces sufrieron los valientes españoles. Pero su enérgico temple adquiriría mayor fuerza con la adversidad, y dirigiéndose á su tierra natal reunió en breve numerosas guerrillas de intrépidos navarros, de las cuales fué nombrado comandante, con el grado de coronel por la Junta Central, y la de Zaragoza le confirió el mando del Alto Aragón. Fué tan activa y terrible la guerra dirigida

por Mina en Navarra, que el mariscal francés Suchet se vió obligado á pasar á ese reino para ver de tranquilizarle, porque ni los correos franceses podían transitar por allí sin riesgo, ni la autoridad del gobernador era obedecida fuera de los muros de Pamplona, y se había visto obligado á tratar con Mina para el canje de prisioneros. «Con ser Suchet, dice el historiador Lafuente, uno de los generales de más reputación del imperio, celebrado por su inteligencia, destreza y actividad, y con estar el general Harispe especialmente encargado de la persecución de Mina, todavía este guerrillero, conecedor de la comarca, y nunca vendido ni descubierto por nadie, burló por algún tiempo la diligencia y los esfuerzos de los jefes y de las tropas francesas, hasta que, acosado también por otras que acudieron de Logroño,

dispersó la gente, ocultó las armas, y se quedó de paisano observando los movimientos de los enemigos, y paseando el país con la confianza de quien contaba con un protector en cada habitante ¹.»

Pero no tardó en aparecer tan temible adversario por las Cinco Villas de Aragón, poniendo en movimiento al gobernador de Jaca y á los generales Dufour y Harispe, quienes obrando combinadamente lo apresaron el 1.º de abril de 1810, y después de tratarle con dureza lo enviaron á Francia y se le encerró en el castillo de Vincennes, donde permaneció durante toda la guerra, y en esta prisión se dedicó al estudio de las matemáticas y de las ciencias militares, aprovechándose de la excelente biblioteca de ese castillo. Le sucedió en el mando de Navarra y del Alto Aragón su tío don



ESPAÑA.—Vista general de Pamplona, patria de don Francisco Javier Mina

Francisco Espoz y Mina, que alcanzó luego tan glorioso nombre en la guerra de la independencia y llegó á ser uno de los más ilustres generales de España.

La vuelta de Fernando VII abrió también las puertas de la patria al intrépido Mina, pero en su alma ardiente y generosa tenía la libertad fervorosísimo culto, y la tiranía desplegada por aquel soberano, apenas asentado en el trono de sus mayores, y las terribles persecuciones de que hizo blanco á todos los patriotas, lo decidieron, de acuerdo con su tío Espoz y Mina, á intentar en Pamplona un movimiento revolucionario en pro del restablecimiento de la Constitución ¹. Descubiertos sus planes, uno y otro huyeron á Francia, y

¹ Mina dice en su proclama de 25 de abril de 1817 que á su regreso á España el ministro Lardizábal le ofreció el mando de uno de los cuerpos de tropas destinados á Nueva España, pero que rehusó admitirlo. Véase también carta escrita en Baltimore por don Servando Teresa de Mier, con fecha 15 de setiembre de 1816, y publicada en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo VI, pág. 916.

quedándose en esta nación don Francisco Espoz, Mina se trasladó á Inglaterra y no tardó en estrechar relaciones con personas distinguidas, y entre ellas con el doctor don Servando Teresa de Mier, de quien ya hemos tenido ocasión de hablar ² y que había publicado en Londres, bajo el nombre del doctor Guerra, que era su segundo apellido, la *Historia de la revolución de Nueva España*, después de haber sufrido persecuciones y peligros sin cuenta, que hacen de este hombre célebre un personaje verdaderamente novelesco. La amistad con Mier y la comunicación frecuente con varios comerciantes ingleses que deseaban fomentar, en beneficio de

¹ DON MODESTO LAFUENTE.—*Historia general de España*, tomo V, pág. 124, edición de Barcelona, 1880.

² Capítulo VI, lib. II, pág. 305. Véanse amplísimos detalles respecto del doctor Teresa de Mier en la voluminosa causa que le formaron las jurisdicciones unidas y la Inquisición desde 1817, en que fué aprehendido en Soto la Marina, y que se halla publicada en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo VI, págs. 638 á 950.

sus intereses, la separación política de las posesiones de España en América, le indujeron á elegir el vireinato de México para combatir el despotismo de Fernando y desplegar su actividad auxiliando á los que en este suelo luchaban por conquistar sus derechos de hombres libres.

Parece que en la resolución de Mina y en aquel su espíritu cosmopolita de libertad de que estuvo siempre animado, entraban por mucho los dogmas fundamentales de la francmasonería, de la cual era ardentísimo adepto. Introducida en España por los franceses, esta institución había atraído á su seno á hombres de elevada posición ó de avanzadas ideas, bien por afición á la novedad, bien por los principios de beneficencia, de tolerancia y de libertad que constituían su emblema. Anatematizada al principio y mirada con horror por la generalidad, tanto por las pavorosas escenas que se contaban de las logias masónicas como por las excomuniones contra ella fulminadas por algunos pontífices romanos, acabó por reunir en haz vigorosísimo á todos los que, perseguidos por la intolerancia religiosa y el feroz absolutismo, necesitaban defenderse y auxiliarse mutuamente, y trabajar por el restablecimiento de la libertad, bien que con todas las precauciones posibles para evitar la vigilancia de la policía y de la Inquisición, vuelta á la vida por el receloso y despótico Fernando. «Iguales causas producían idénticos efectos, dice el historiador Lafuente, y el sistema de opresión traía las conspiraciones, cuyo hilo no se había cortado, y cuya madeja estaba en las sociedades secretas. Si no todos los asociados llevaban el mismo objeto, no hay duda que muchos se afiliaban en las logias con el fin de sacudir el yugo del absolutismo y de la intolerancia teocrática, y de restablecer ó la Constitución de 1812 ú otro gobierno igual ó parecido.»

En la libre Inglaterra Mina halló numerosos afiliados que no buscaban, como los de España, el remedio de inmediatas necesidades, y su alma apasionada y joven se inflamó al contacto de extensas y nobles ambiciones. Pero no perdía de vista, en medio de su entusiasmo por la difusión de los principios de libertad, la oprobiosa coyunda que pesaba sobre España. Herir al tirano en sus dominios de América era á sus ojos emancipar al mismo tiempo á americanos y á españoles. «De las provincias de este lado del Océano, decía á los mexicanos en su proclama al pisar las playas de Nuevo Santander, saca el opresor los medios de su dominación: en ellas se combate por la libertad; así, desde ese mismo momento, la causa de los americanos fué la mía... Sólo el rey, los empleados y los monopolistas son los que se aprovechan de la sujeción de la América en perjuicio de los americanos. Ellos, pues, son sus únicos enemigos y los que quisieran eternizar el pupilaje en que los tienen, á fin de elevar su fortuna y la de sus descendientes sobre las ruinas de este infeliz pueblo. Ellos dicen que la España no puede existir sin la América, y esto es cierto si por

España se entienden ellos, sus parientes, amigos y favoritos; porque emancipada la América no habrá gracias exclusivas, ni ventas de gobiernos, de intendencias y demás empleos de Indias; porque abiertos los puertos americanos á las naciones extranjeras, el comercio pasará á una clase más numerosa é ilustrada; y porque libre la América, revivirá indubitablemente la industria española, sacrificada en el día á los intereses rastreros de unos pocos hombres... La causa de los americanos es justa, es la causa de los hombres libres, es la de los españoles no degenerados. La patria no está circunscrita al lugar en que hemos nacido, sino más propiamente al que pone á cubierto nuestros derechos individuales. Vuestros opresores calculan que para restablecer su bárbara dominación sobre vosotros y sobre vuestros hijos es preciso esclavizar el todo. Con razón el célebre Pitt, al justificar en pleno parlamento la resistencia de los anglo-americanos, decía: «Nos aseguran que la América está obstinada, que se halla en manifiesta rebelión. Me glorío, señor, de que resista. Tres millones de habitantes que indiferentes á los impulsos de la libertad se sometiesen voluntariamente, serían después los instrumentos más adecuados para imponer cadenas á todo el resto.»

Las relaciones políticas que tuvo Mina durante su residencia en Londres y los auxilios que recibió de muchos americanos, originarios de México y de los países de la América Meridional, le permitieron salir de Liverpool el 15 de mayo de 1816, á bordo de un bergantín fletado por su cuenta, acompañado del padre Mier y de veintidós oficiales españoles, italianos é ingleses, siendo su propósito dirigirse á los Estados Unidos de América, donde reforzaría su expedición y acordaría con don José Manuel de Herrera, plenipotenciario del Congreso mexicano, á quien pensaba hallar en Washington ó en Baltimore, la manera de dirigirla hacia el puerto de Bocaquilla de Piedras y de ponerse en comunicación con el mismo Congreso, el que, según las noticias recibidas por Mina al abandonar las playas de Inglaterra, debía residir en Tehuacán. Durante la travesía hubo de sufrir el jefe de la expedición la indisciplina de cuatro oficiales españoles, quienes al desembarcar en Norfolk (Virginia) el 30 de junio, marcharon á presentarse á don Luis de Onís, ministro de España en los Estados Unidos, y le informaron del plan y propósitos de Mina: el ministro pidió al gobierno de esa república que impidiese la proyectada expedición, pero á pretexto de no ser bastantes los datos en que apoyaba su demanda y de que no había ley que prohibiese la exportación de municiones y pertrechos, no se dictó ninguna providencia y Mina pudo dedicarse á sus preparativos libremente.

No fueron tan encubiertos los que hizo en Inglaterra, que el gobierno de Fernando no recelara el golpe dispuesto contra su autoridad en los dominios de América, y desde octubre de 1814, apenas llegado Mina

á la capital del Reino Unido, ya el ministro Lardizábal había dirigido circulares á los comandantes de los puertos de México indicando la sospecha que se tenía de que Mina pasara á alguno de ellos, y prevenía que en tal caso se le aprehendiese y mandase á disposición del rey. Don José de Quevedo, gobernador de Veracruz, recibió esta prevención directamente, porque el ministerio quiso evitar la dilación y el peligro de que se interceptase en el camino de México á ese puerto, comunicándola por conducto del virey, y en 31 de diciembre del mismo año (1814) aquel funcionario avisaba á Calleja, virey á la sazón, que había dictado todas las providencias precautorias en los puertos de la provincia de su mando ¹.

Graves desazones y contrariedades debían retardar los preparativos del fogoso Mina. Aparte del conocimiento que de sus proyectos tuvo el ministro español Onís, por la denuncia que hicieron los oficiales que con él salieron de Liverpool, el que lo era de México nombrado por el Congreso, don José Manuel de Herrera, y á quien esperaba hallar en Baltimore ó Washington, no se movió ni pasó nunca de Nueva Orleans. «El gobierno de los Estados Unidos, dice el padre Mier en una de sus cartas, nos repitió la seguridad de obrar, como nos lo había prometido por conducto de su enviado en Londres; pero como no se hallaba presente el ministro de México, no podíamos transigir sobre las condiciones que imponía aquél en cambio de los auxilios prometidos.» Mina, que se había trasladado á Baltimore el 3 de julio (1816), se dirigió entonces á Mr. Dennis Smith, rico comerciante de esa ciudad, al doctor don Pedro Gual, que era el ministro acreditado por los insurgentes de Nueva Granada ante el gobierno de los Estados Unidos; al joven veracruzano don Miguel Santa María, secretario que había sido del diputado á cortes Arizpe; al caballero Revenga, que lo fué del ilustre Bolívar, y á don Manuel Torres, autor de varias obras en que se defendía la independencia de la América española. Este grupo de entusiastas amigos de la libertad acogieron con júbilo el proyecto de Mina, y el primero, Mr. Dennis Smith, convocó á los principales comerciantes de Baltimore y les propuso auxiliar la expedición, lo cual se efectuó, reuniéndose desde luego una crecida suma para los gastos que en ella se erogasen.

Mina, entretanto, escribió al ministro Herrera, al gobierno superior de la revolución, que creía deber hallarse en Tehuacán, y al general don Guadalupe Victoria, informándoles de los preparativos de la expedición, y anunciaba al gobierno que se prometía estar en aquella ciudad hacia los primeros días de octubre. Estas importantes comunicaciones fueron confiadas á un joven llamado Laborde, quien se dirigió á Boquilla de Piedras á bordo de una goleta americana. Al mismo tiempo alis-

taba bajo su bandera á doscientos cincuenta voluntarios, entre oficiales y sargentos, habiendo servido muchos de ellos en los ejércitos franceses é ingleses y en las tropas de la misma república norte-americana.

A punto estaba de dar la vela la primera embarcación con rumbo á Puerto Príncipe, en la isla de Haití, punto de reunión elegido para entrar luego en las aguas del Golfo Mexicano, cuando llegó á Baltimore el jefe español Álvarez de Toledo, á quien hemos visto tres años antes frustrar los patrióticos esfuerzos de Gutiérrez de Lara en Texas y sufrir una completa derrota á orillas del río de Medina ¹. Este sospechoso personaje había continuado en relaciones con el gobierno y algunos de los principales caudillos de la insurrección, y en Nueva Orleans engañó largo tiempo al indolente Herrera con planes quiméricos de bloqueos llevados á cabo por escuadrillas ilusorias. Y lo primero que hizo al llegar á Baltimore fué informar á los comerciantes convocados en días anteriores por Smith que el Congreso había sido disuelto por Terán; que la anarquía reinaba en las filas de la insurrección, la cual estaba á punto de extinguirse; que Mina, si llegaba á aventurarse en tierras de México, no tardaría en ser asesinado por los mismos á quienes se proponía auxiliar, porque su calidad de español lo haría odioso entre los insurgentes, y por último, mostraba un orden de don José María Liceaga, miembro del Congreso disuelto, en la que prohibía arribar á los puertos de la provincia de Veracruz y tratar con sus jefes, rebelados contra el legítimo gobierno de la insurrección ².

Estas noticias, difundidas rápidamente, desanimaron á muchos de los que habían adelantado fondos para los gastos de la expedición, quienes se apresuraron á retirarlos. Sólo Mr. Dennis Smith no se dejó llevar del pánico, y «desplegando toda su bizarría, dice el doctor Mier, testigo presencial, se encargó de los gastos de la expedición, proceder tanto más admirable cuanto que este caballero estaba ya retirado del comercio y contento con su copioso caudal.» Y en la carta que el mismo célebre personaje escribió desde Galveston en 14 de diciembre de 1816 á don Antonio Sesma, dice lo siguiente: «Por la generosidad de Mr. Smith y mi amistad con su hermano Alejandro volvimos á restablecer tal cual el crédito del gobierno mexicano en nuestro favor, y se resolvió que yendo el general (Mina) á reunir sus buques en Puerto Príncipe saliese reunida toda la expedición para este puerto, adonde me dirigí yo con la comisión de informar al ministro Herrera.»

Vencidas en parte, y á fuerza de perseverante energía, las dificultades que surgieron al publicarse las noticias del estado en que se hallaba la insurrección, noticias ciertas en su mayor parte, Mina hizo salir el

¹ Capítulo VIII, lib. II, pág. 390 y 391. y la tercera nota al calce de esta última.

² Véase carta del padre Mier dirigida á don Antonio de Sesma, Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos, tomo VI, págs. 910 y 911.

¹ Véase su oficio en el *Cuadro histórico* de Bustamante, tomo IV, pág. 51.

28 de agosto (1816) de Baltimore al mismo buque en que había venido de Inglaterra, expedido por la aduana para San Thomas, pero al llegar cerca del fuerte Mac Henry tomó á su bordo doscientos hombres, entre oficiales y soldados, bajo la dirección del coronel alemán conde de Ruuth, siguiéndole una goleta con una compañía de artillería al mando del teniente coronel Myers. Ambas embarcaciones se hicieron mar adentro el 1.º de setiembre y llegaron á Puerto Príncipe, en Haiti, con dos días de diferencia, en medio de desatados huracanes, que hicieron encallar á la goleta y causaron grandes averías en la embarcación montada por el conde de Ruuth. Mina salió de Baltimore en un bergantín el 27 de setiembre acompañado de varios oficiales y con dirección á Puerto Príncipe; pero antes envió á Galveston al doctor Mier encargándole que se pusiese en contacto con el presbítero Herrera, ministro del Congreso mexicano en los Estados Unidos de América, á quien se creía residente en Nueva Orleans ó en sus inmediaciones, y que adquiriese toda clase de informes á fin de intentar con éxito el desembarco en Boquilla de Piedras. La goleta *General Jackson* que conducía al doctor Mier, azotada por fuertes tempestades al doblar la punta de Florida, volvió á Baltimore, de donde salió nuevamente aquel presbítero en otro buque que lo condujo directamente á Nueva Orleans. «Ya no estaba allí el ministro Herrera ¹, dice Mier en la carta que antes hemos citado, pero encontré al señor Iturribarúa y á don Cornelio Ortiz de Zárate, secretario de Herrera, y con el nombre de Mina y el mío conseguí luego auxilios de dinero, víveres, buques y gente, con cuyos recursos podremos dar un golpe de mano en determinado punto, y si logramos allí buen éxito llevaremos al gobierno nacional mayores auxilios y fuerza.»

Entretanto, el jefe de la expedición llegaba á Puerto Príncipe, hallándose en malísimo estado á los buques que le habían precedido y á su tripulación mermada por las deserciones. Para sustituir á la goleta que fué abandonada en el escollo que le hizo inservible, Mina fletó otra con el auxilio del general Pétion, que era entonces presidente de la república de Haiti, y reemplazó á los desertores con algunos marineros franceses, quienes, á su vez, acababan de abandonar una nave de guerra de su nación. Terminados estos preparativos, la escuadrilla se hizo á la mar el 24 de octubre con rumbo á la isla de San Luis ó de Galveston, pegada casi á las costas de Texas, donde Mina creía poder organizar formalmente su expedición con ayuda del comodoro Aury, de quien tenía noticia que había formado allí un establecimiento militar, de acuerdo con el ministro Herrera, para levantar en armas la vasta provincia de Texas.

Lenta y penosa fué la marcha de la escuadrilla, pues

¹ Se recordará que don José Manuel de Herrera se hallaba en Tehuacán de regreso de su misión á los Estados Unidos de América desde noviembre de aquel año (1816). (Véase cap. II, lib. III.)

las calmas que reinaron á la sazón en el mar de las Antillas retardaron el andar de los pequeños buques que la formaban. La fiebre amarilla, que domina en aquel extenso archipiélago, no tardó en declararse á bordo de la goleta y atacó á todos los que la tripulaban, de los cuales perecieron ocho, contándose en este número el teniente coronel Daly. Sin gente útil para la maniobra, ese buque fué llevado á remolque por el bergantín, en el que la fiebre no hizo más que una víctima. También en la embarcación mayor se desató con furia la terrible enfermedad, pero muchos de los atacados por ella se salvaron, gracias á la diligencia y eficaz cuidado del doctor Hennessy, médico de la expedición. Así llegaron á la isla del Gran Caimán, al sur de Cuba, donde se proveyeron de tortugas, con cuyo alimento y los vientos frescos que entonces empezaron á soplar cesó la fiebre amarilla. Siguió su derrotero la escuadrilla, reducida á dos buques, porque la goleta se quedó en la isla del Caimán con los enfermos que no podían continuar el viaje, y la expedición arribó á Galveston el 24 de noviembre (1816), después de una penosa navegación de treinta días, contados desde su salida de Puerto Príncipe.

Mina fué bien acogido por Aury, quien le proveyó de víveres frescos para la sufrida gente que le acompañaba. No pudiendo las dos embarcaciones franquear la estrecha barra, dispuso el jefe de la expedición que se hiciese la descarga en la costa de la isla, y terminada esa operación ordenó que se dirigiesen á Nueva Orleans para conducir las municiones y pertrechos que allí tenía comprados anticipadamente. Al sur de un reducto que Aury había comenzado á construir se alzaron las tiendas del nuevo campamento, que se reforzó con cuatro cañones, hízose la clasificación y arreglo de las municiones, y se equipó á los oficiales y soldados. En seguida se ocupó Mina en la organización de su pequeña tropa, formando cuadros de regimientos que habían de llenarse con los voluntarios que se presentaran en lo sucesivo: los oficiales extranjeros que ignoraban el idioma español fueron destinados á una compañía que se llamó *Guardia de honor del Congreso mexicano*, cuyo mando tomó Mina en persona, cediéndolo á poco al coronel norteamericano Young; puso la artillería á las órdenes de Myers; la caballería á las del conde de Ruuth, y con el nombre de 1.º de línea formó el cuadro de un regimiento de infantería á cuyo frente colocó al mayor español don José Sardá.

Salió de Nueva Orleans el doctor Mier y llegó á Galveston (mediados de diciembre de 1816) cuando ya Mina había establecido su campamento. Las noticias de que era portador trastornaban el plan primitivo adoptado por este último, pues ni el ministro Herrera se hallaba en los Estados Unidos sino en México, ni el puerto de Boquilla de Piedras pertenecía ya á los independientes, porque en noviembre anterior había sido

ocupado por el teniente coronel don José Rincón ¹, y para aumentar las dificultades de la expedición el joven Laborde regresó en la goleta que se le había confiado confirmando la noticia de la toma de Boquilla de Piedras por los realistas, y anunciando que Nautla también había sido ocupado por éstos. De esta suerte, Mina hubo de abandonar el proyecto de desembarcar en Boquilla ó Nautla para ponerse desde luego en comunicación con Victoria y Terán. Pero si las nuevas llevadas por el doctor Mier no eran satisfactorias, en cambio traía armada en guerra, con el nombre de *Congreso Mexicano*, una de las embarcaciones que Mina había enviado á Nueva Orleans inmediatamente después de su llegada á Galveston.

En los primeros días de 1817 Mina recibió propuestas de varios individuos de Nueva Orleans para facilitarle hombres, armas y otros recursos de guerra, á fin de apoderarse de Panzacola, entonces capital de las Floridas, y aunque este proyecto no entraba en las miras del valiente navarro, resolvió trasladarse á aquel puerto con el propósito de aprovechar en beneficio de su expedición los elementos que se le ofrecían.

Durante la ausencia de Mina, cuyas tropas quedaron al mando del coronel venezolano Montilla, ocurrieron en Galveston sucesos importantes. El coronel Perry, subalterno de Aury, fué destituido por éste del mando que ejercía y reducido á prisión en su alojamiento; pero los soldados, que obedecían directamente al primero, corrieron á las armas decididos á libertarle. El comodoro hizo marchar contra ellos al coronel Savary con ochenta hombres y un cañón; mas desistiendo inmediatamente de su primer intento, dió contraorden á este oficial, puso en libertad á Perry y permitió á éste y á sus soldados que escogiesen el servicio que más les acomodase, con el que Perry se alistó en las banderas de Mina y formó con los suyos el cuadro de otro regimiento de infantería llamado de la *Unión*. Mientras surgió esta desavenencia, Montilla se puso sobre las armas y se mantuvo encerrado en sus atrincheramientos ².

Frecuentes entrevistas tuvo Mina en Nueva Orleans con las personas que le habían propuesto el ataque y toma de Panzacola, pero convencido de que esta expedición no produciría ninguna ventaja para la independencia de México, rehusó al cabo tomar participio en ella, diciendo con altivez que él no hacía la guerra á los españoles sino á la tiranía, y que la empresa á que se le invitaba obedecía á intereses puramente mercantiles. Aprovechando, sin embargo, su permanencia en Nueva Orleans, compró allí el *Cleopatra*, buque de transporte, en reemplazo del que le había conducido desde Inglaterra, cuyo término de ajuste se había cumplido, y el bergantín *Neptuno*. Con estas dos embarca-

ciones y algunos oficiales que sustituyeron á Montilla y otros que se separaron, entró nuevamente en el puerto de Galveston el 16 de marzo de 1817.

Cerrados para la expedición los puertos de Nautla y Boquilla de Piedras, como antes hemos dicho, y sabiendo que todo el litoral de la provincia de Veracruz se hallaba cubierto por tropas realistas, Mina decidió dirigirse á la costa de Nuevo Santander donde no era probable que esperasen su aparición los soldados vireinales. No pudiendo lograr que el comodoro Aury se uniese con él, hubo de conformarse con el ofrecimiento que éste le hizo de acompañarle hasta el punto del desembarque. Apresuráronse los preparativos, y puesta la expedición á bordo de los buques comprados por Mina y de otros que fueron apresados, dió la vela en número de trescientos hombres á principios de abril de 1817.

La escuadrilla se componía de siete embarcaciones. En la *Cleopatra* iban el general Mina y su Estado Mayor, con la guardia de honor y el primer regimiento de línea; á bordo del *Neptuno* el comisario teniente coronel Arago y las provisiones; en dos bergantines apresados el cuadro del regimiento de la Unión con el coronel Perry; en una goleta armada el comodoro Aury con la compañía de artillería, y la caballería á las órdenes del general conde de Ruuth, y á bordo de la goleta *Elena Tooker* y de un buque pequeño el resto de los expedicionarios, habiéndose quedado en Galveston el bergantín *Congreso Mexicano*. Apenas se levaron anclas sobrevino un fresco viento de poniente que anunciaba un dilatado viaje; pronto se consumió la escasa provisión de agua, y preciso fué intentar renovarla al llegar á la embocadura del Río Bravo del Norte, donde se hallaba un pequeño destacamento de soldados realistas, destinado á impedir que los piratas hiciesen aguada en aquellos contornos. El mayor Sardá, seguido de algunos oficiales, bajó á tierra, y como los buques de la escuadrilla enarbolaron bandera española, los del destacamento creyeron que eran embarcaciones de esa nación procedentes de Veracruz, y no sólo permitieron que los botes se acercasen á proveerse de agua, sino que vendieron á los marineros algunas reses de las que vagan en aquellos lugares. La estrecha barra del Río Bravo opuso, sin embargo, grandes dificultades á los botes, y al zozobrar uno de éstos, se ahogó un joven oficial español llamado Dallares, compañero de Mina desde su permanencia en Inglaterra y cuya pérdida fué muy sensible para éste. Cuatro hombres de la expedición desertaron entonces y huyeron á los bosques, y en seguida se presentaron á los realistas dándoles amplias noticias de la expedición ¹. Mina dirigió en aquel punto una proclama á sus soldados en que les anunciaba la grande empresa que iban á llevar á cabo, y les recomendaba la observancia de la disciplina y el respeto á la religión, á las personas y á las propiedades.

¹ Capítulo II, lib. III.

² *Memorias de la revolución de México*, por W. Robinson, traducidas por don José Joaquín de Mora. Londres, 1824, pág. 55.

¹ *Memorias de Robinson*, págs. 57 y 58.

«¡Compañeros de armas! les decía, vosotros os habéis reunido bajo mis órdenes á fin de trabajar por la libertad é independencia de México. Há siete años que este pueblo lucha con sus opresores para obtener tan noble objeto. Hasta ahora no ha sido protegido: á las almas generosas toca mezclarse en la contienda. Así vosotros, siguiéndome, habéis emprendido defender la mejor causa que puede suscitarse sobre la tierra. Hemos tenido que vencer muchas dificultades; yo soy testigo de vuestra constancia y sufrimiento. Los hombres de bien sabrán apreciar vuestra virtud, y ahora vais á recibir su premio, es decir, el triunfo del honor que de él resulta. Vosotros sabéis que al pisar el suelo mexicano no vamos á conquistar, sino á auxiliar á los ilustres defensores de los más sagrados derechos del hombre en sociedad. Hagamos pues, que sus esfuerzos sean coronados, tomando una parte activa en la carrera gloriosa en que contienden. Os recomiendo el respeto á la religión, á las personas y á las propiedades, y espero no olvidaréis el principio de que no es tanto el valor como una serena disciplina lo que proporciona el éxito en las grandes empresas. Río Bravo del Norte, á 12 de Abril de 1817.—Javier Mina.»

Provista de agua la escuadrilla levó anclas y marchó hacia el Sur; los vientos que al principio soplaron del sudeste cargaron al oeste con tanta intensidad que los buques se dispersaron, y como eran escasos los víveres de á bordo, las tropas sufrieron grandes privaciones, especialmente las que iban con Mina en la *Cleopatra*. Cada hombre, incluso el jefe de la expedición, recibía diariamente media galleta, algunas almendras y una corta cantidad de agua. Reunidas al fin las embarcaciones se efectuó el desembarco en el lado izquierdo de la boca del río de Santander ó de Soto la Marina (15 de abril de 1817). «En el mismo día, dice Robinson en sus *Memorias*, dos hombres se presentaron al general Mina, y por ellos supo que el teniente coronel don Felipe de la Garza, comandante del distrito, se hallaba á la sazón con algunas fuerzas en la población de Soto la Marina, situada sobre una altura y distante diez y ocho leguas de la boca del río. Los dos hombres parecían francos y bien dispuestos, se ofrecieron á servir de guías y acompañaron á una partida de la expedición que salió en busca de caballos; pero en la primera ocasión oportuna desaparecieron, y luego se supo que eran espías enviados por el mismo Garza á informarse del número y calidad de los invasores.»

La estrecha barra del río de Santander no permitió el paso de los buques, y necesario fué que los botes descargasen los pertrechos quedando aquéllos anclados fuera del río y arrimados á la costa. La división acampó en el sitio donde en un tiempo se alzó Soto la Marina, y el día 22 se puso en marcha con dirección á la villa actual, la que, según hemos dicho, se halla á diez y ocho leguas de la boca del río. Mina iba á pié á la cabeza de la división; la vanguardia, formada de la guardia de honor, de la caballería y de un destacamento del primer regimiento de línea á las órdenes del mayor don José Sardá, entró en Soto la Marina sin oposición, abando-

nada poco antes por la tropa de Garza, quien espantó á los habitantes diciéndoles que Mina, á la cabeza de una cuadrilla de herejes, venía resuelto á cometer todo género de desmanes. Grande fué la sorpresa de los que permanecieron en la villa al ver que la entrada de aquellas tropas se hizo en orden completo, y mayor fué su satisfacción al saber que el general Mina ofreció proteger las vidas y bienes de los que estuviesen tranquilos en sus casas, ordenando que volviesen á ellas los que habían salido con Garza, so pena de confiscación á los que no le obedeciesen. Y el mismo jefe de la expedición nombró alcaldes y otras autoridades locales. «Entonces, dice Robinson, el coronel conde de Ruuth manifestó su deseo de dimitir el mando que se le había confiado, como lo efectuó, volviendo al buque del comodoro Aury. En su lugar fué nombrado comandante de la caballería el capitán Maillefer, á quien se dió el grado de mayor.»

Una de las primeras disposiciones de Mina fué establecer una imprenta que había traído en sus naves, poniéndola bajo la dirección del doctor don Joaquín Infante, y lo primero que en ella se publicó fué la proclama ó manifiesto que hemos citado al principio de este capítulo. En ese largo documento refería Mina los servicios que á la libertad había hecho en el antiguo continente, pintaba con enérgicos rasgos el opresor absolutismo de Fernando, describía en estilo elevado y poco común en aquella época los intereses bastardos que estaban ligados con la dependencia de gran parte del continente americano al trono español, y dirigiéndose á los hijos de esta parte del mundo, terminaba así: «Permitidme, mexicanos, participar de vuestras gloriosas tareas; aceptad los servicios que os ofrezco en favor de vuestra sublime empresa y contadme entre vuestros compatriotas. ¡Ojalá acierte yo á merecer este título haciendo que vuestra libertad se enseñoree, ó sacrificándole mi propia existencia! Entonces, en recompensa, decid á vuestros hijos: «Esta tierra fué dos veces inundada en sangre por españoles serviles, vasallos abyectos de un rey; pero hubo también españoles liberales y patriotas que sacrificaron su reposo y su vida por nuestro bien.»—Soto la Marina 25 de abril de 1817¹.»

A pesar de que el comandante realista don Felipe de la Garza conminaba con terribles penas á los que auxiliasen de alguna manera al general Mina, éste vió con satisfacción que más de cien hombres se le presentaron en los primeros días, contándose entre ellos el teniente coronel de realistas don Valentín Rubio y su hermano el teniente don Antonio, quienes facilitaron buenos caballos que fueron de grande utilidad á la pequeña

¹ Véase este manifiesto en el *Apéndice* (documento núm. 14). Alamón inserta este documento en su *Historia*, tomo IV, y dice que Mina lo había publicado en Galveston por primera vez el 22 de febrero de 1817. Hallándose notables diferencias entre el documento publicado por Alamón y el que figura en la *Colección* de J. E. Hernández Dávalos, tomo VI, págs. 863 y siguientes, nosotros hemos dado la preferencia á este último por la fundada desconfianza que nos inspira aquel historiador.

división. Algunos voluntarios más se alistaron sucesivamente, y casi todos permanecieron fieles y valientes al lado de sus nuevas banderas.

Repartía Mina su tiempo entre la organización de su reducido cuerpo de ejército y las frecuentes correrías que hacía en todas direcciones por las cercanías de Soto la Marina. En una de ellas se dirigió á la *hacienda* de Palo Alto, cuyo propietario, don Ramón del Moral, le había ofrecido auxilios y luego ausentándose sin entregarlos á un rancho distante once leguas de la villa. Sabedor el jefe de la expedición de esta huída, destacó al coronel Perry con ochenta infantes, quienes, en efecto, sorprendieron á del Moral y le quitaron cuanto tenía. Pero atacados de improviso por el teniente coronel Garza al frente de fuerzas superiores, abandonaron el rico botín que acababan de conquistar no sin poner á nueve soldados realistas fuera de combate. Entretanto, el comodoro Aury, después de contratar con Mina la venta del bergantín *Congreso Mexicano*, que se había quedado en Galveston, dió la vela con el resto de la escuadrilla rumbo á ese puerto, permaneciendo en la boca del río de Santander la *Cleopatra*, el *Neptuno* y la goleta *Elena Tooker*.

La noticia del desembarco de Mina llegó con rapidez á la capital de Nueva España y produjo natural sobresalto en el gobierno vireinal, pues la fama de Mina y las prevenciones reiteradas de los ministros de la metrópoli para que se impidiese la invasión que proyectaba lo hacían doblemente temible. Apodaca, al saber la llegada del bravo navarro á la provincia de Nuevo Santander, juzgó inútiles la precaución y vigilancia que había recomendado ejercer á los comandantes respectivos en las barras de Nautla y de Boquilla de Piedras. Preciso era enviar á su encuentro fuerzas respetables que impidiesen su avance hacia el interior de la colonia. Ordenó, en consecuencia, que el coronel don Benito Armiñán, al frente de las tropas que le obedecían en la Huasteca, marchase hasta la orilla del río Pánuco, donde debían unírsele, y en efecto se le incorporaron rápidamente, el teniente coronel Melgares con una sección de caballería de Durango, el oficial de la misma graduación, don Francisco de las Piedras, con el escuadrón de Tulancingo, el mayor Ráfols con el batallón 1.º *Americano*, y el capitán Terrazas con un piquete de Río Verde, debiendo unírsele también el capitán Villaseñor con un escuadrón de Sierra Gorda que se hallaba en Valle del Maíz. Para cubrir los puntos que desguarnecieron las tropas reunidas bajo el mando de Armiñán, prevínose á Márquez Donayo que extendiese su división en Misantla y sus contornos, y varios batallones y escuadrones salieron de la capital para defender los llanos de Apám y las importantes y sendas carreteras de México á Veracruz, que pasan por Orizaba y por Jalapa. Aparte de la división de Armiñán, contaba el gobierno vireinal, para afrontar á Mina, con la que mandaba el brigadier Arre-

doño en las Provincias Internas de Oriente entre las que se comprendía la de Nuevo Santander, si bien no podía esperarse desde luego una eficaz acción de parte de este jefe por tener que reunir á sus tropas, dispersas en una vasta extensión y separadas entre sí por considerables distancias. Y para destruir á los buques de la expedición, que habían anclado cerca de la barra del río de Santander, dispuso el gobierno que saliese de Veracruz la fragata de guerra *Sabina*, en la que acababa de llegar al país el mariscal Liñán, ¹ reforzada con las goletas *Belona* y *Proserpina*, armadas en guerra por el consulado de aquel puerto.

Don Francisco de Beranger, comandante de la *Sabina*, se dirigió, en efecto, con su escuadrilla á la barra del Santander, y después de desembarcar en Tampico un cargamento de armas y municiones destinadas á la división que formaba en aquellos días Armiñán á orillas del Pánuco, se presentó ante los buques de Mina en la mañana del 17 de mayo. La goleta *Elena Tooker*, apenas avistó á las embarcaciones realistas, levó anclas y huyó velozmente perseguida en vano por la *Proserpina* y la *Belona*. Entretanto, la tripulación de la *Cleopatra* se había echado á los botes y pasado á tierra, dirigiéndose luego á Soto la Marina donde dió á Mina la noticia de la pérdida de sus buques. La fragata *Sabina* se acercó con gran cautela á la *Cleopatra* creyendo que tenía aún defensores y le disparó dos andanadas; mas viendo Beranger que no se le contestaba ni se hacía ningún movimiento en ella, echó al agua sus botes armados que la encontraron completamente abandonada. Sacáronla á la mar, pero el cañoneo que acababa de recibir le había causado tales averías que el comandante mandó incendiarla inmediatamente sin que fuera posible salvar antes algún armamento que quedaba á bordo. En cuanto al *Neptuno*, abandonado también, y varado en la arená aun antes de la llegada de la escuadrilla española, fué dejado por ésta en el sitio que ocupaba, pues se observó que las aguas no tardarían en desbaratarlo. Beranger volvió á Veracruz sin llevar ningún trofeo, pero allí le recibieron los realistas como vencedor y en la parroquia se cantó un solemne *Te-Deum*. Apodaca, por su lado, mandó insertar en la *Gaceta* el pomposo parte del comandante de la *Sabina* y concedió á todos los individuos de la escuadrilla un escudo que debían llevar en el brazo derecho con el siguiente lema: *Al importante servicio en Soto la Marina*.

Mina recibió con serenidad la noticia de la pérdida de sus embarcaciones, y ese mismo día (18 de mayo) publicó la siguiente proclama:

«Soldados españoles del rey Fernando: Si la fascinación os hace instrumentos de las pasiones de un mal monarca ó de sus agentes, un compatriota vuestro, que ha consagrado sus más preciosos días al bien de la patria, viene á desengañaros sin otro interés que el de

¹ Véase final del capítulo anterior.

la verdad y la justicia. Fernando, después de los sacrificios que los españoles le prodigaron, oprime á la España con más furor que los franceses cuando la invadieron. Los hombres que más trabajaron por su restauración y por la libertad de ese ingrato arrastran hoy cadenas, están sumidos en calabozos ó huyen de su crueldad. Sirviendo, pues, á tal príncipe servís al tirano de nuestra nación, y ayudando á sus agentes en el Nuevo Mundo os degradáis hasta constituíros verdugos de un pueblo inocente, víctima de mayor crueldad por iguales principios que los que distinguieron al pueblo español en su más gloriosa época.

»Soldados americanos del rey Fernando: Si la fuerza se mantiene en la esclavitud y hace que obli-guéis á seguir en ella á vuestros hermanos, tiempo es de que salgáis de tan vergonzoso estado. Un esfuerzo ahora bastará á sacudir el yugo que os encorva y realzaros á la dignidad de hombres de que estáis privados há tres siglos. Uníos á nosotros que venimos á libertaros sin más fin que la gloria que resulta de las grandes acciones. El suelo precioso que poseéis no debe ser eternamente el patrimonio del despotismo y de la rapacidad. No interrumpáis la carrera de vuestros destinos. Si perdéis esta ocasión, contrariáis á las miras de la Providencia, que os proporciona en ella la mejor coyuntura para cambiar vuestra abyección y miseria en elevación y prosperidad. ¡Qué triste experiencia tenéis de la metrópoli y qué dolorosas lecciones habéis recibido de los malos españoles que para oprobio de los buenos han venido hasta aquí á sojuzgaros ó á enriquecerse á costa vuestra! Si entre vosotros hay quienes abanderizados con ellos hacen causa común para oprimiros por cobardía, interés ó ambición, abandonadlos, detestadlos y aún destruidlos. Son peores que los tiranos principales á quienes se juntan, pues degeneran de su naturaleza y sacrifican sus más sagrados deberes á tan rastreras pasiones.

»Soldados españoles y americanos: Dejad á esos viles caudillos y acudid con nosotros al campo del honor donde tremola el lucido estandarte de la libertad. Vosotros seréis felices contribuyendo á la emancipación de este país, y los laureles que ceñirán vuestras frentes en defensa de la más justa causa serán un premio inmarcesible superior á todos los tesoros.»

Estos nobles y viriles acentos en que se reflejaba el ánimo generoso de Mina debían producir honda conmoción no sólo en los que con el arma al brazo sostenían á los dominadores de su patria, sino también en los españoles mismos adictos al régimen constitucional tan bárbaramente conculcado y con tanta rabia escarnecido por el monarca y los partidarios del absolutismo. El esforzado joven que con tanto arrojo se presentaba á defender los derechos del oprimido pueblo mexicano, quizás se prometía que los oficiales españoles, afiliados como él en la francmasonería, renunciasen al servicio del despotismo y abrazasen con el mismo entusiasmo que á él consumía la defensa de los pueblos contra la tiranía de los reyes. Tres días después de la publicación de su proclama á los soldados realistas escribió al brigadier Arredondo una carta en la que le invitaba á tomar partido por la independencia, y en ese documento reproducía las mismas generosas ideas que había procurado difundir desde que se decidió á formar su atrevida expedición.

Para hacer frente á las tropas de Arredondo, que reunidas por fin en Monterey en número considerable no tardarían en avanzar contra Soto la Marina, dispuso el general que se construyese un fuerte al oriente de esta villa, en un sitio próximo á la orilla del río. Dirigida la obra por el ingeniero Rigual, toda la división trabajó en ella con ardor y en poco tiempo se levantó el fuerte donde se montaron cuatro carronadas de los buques, las piezas de campaña, los obuses y dos morteros; se depositó en él gran cantidad de municiones y una parte del cargamento del *Neptuno*, y se cuidó de almacenar algunas provisiones, suficientes para resistir tres meses. Cien hombres al mando del mayor Sardá fueron designados para guarnecerlo, y este oficial superior recibió la orden de sostenerse hasta lo último, asegurándole el jefe de la expedición que dentro de poco tiempo volvería á obligar al enemigo á levantar el sitio, si se atrevía á ponerlo ¹.

Antes de marchar Mina hacia el interior, el coronel Perry, que había dado repetidas muestras de descontento, aprovechó la ocasión de estar ausente aquel general, y arengando á sus soldados les manifestó los peligros que les aguardaban en tan arriesgada empresa y les excitó á que le siguieran á los Estados Unidos de América; y el mayor Gordon, varios oficiales y cincuenta y un soldados se dejaron seducir, y guiados por él marcharon inmediatamente hacia Matagorda, donde creían hallar botes que los transportasen á la nación vecina. En su camino, aventurado y largo, fueron perseguidos por el teniente coronel realista don Antonio Martínez, quien salió de Béxar en su seguimiento al frente de cien caballos. Ya cerca de Matagorda, Perry y los suyos se internaron en un bosque, y allí fueron atacados vigorosamente (fines de junio) por el teniente don Francisco de la Hoz, subalterno de Martínez. Defendieron con valor los de Perry, hasta quedar todos tendidos en el campo, y su mismo jefe, herido en el combate, acabó de arrancarse la vida disparándose su pistola en la cabeza, para no caer vivo en manos de sus perseguidores ².

La desertión de Perry, sensible en grado sumo para Mina, no abatió, sin embargo, su ánimo esforzado. Reemplazó á ese jefe en el mando del regimiento de la Unión con el mayor Stirling, y designó á otros oficiales para ocupar los puestos de los que habían desertado. Hizo acampar la parte de la división que debía acompa-

¹ *Memorias de Robinson*, págs. 69 y 71, edición de Londres, 1824.

² Véase parte del teniente coronel Martínez en el número extraordinario de la *Gaceta* correspondiente al 16 de julio de 1817. En las *Memorias de Robinson* se describe con alguna diferencia el fin del coronel Perry. Este militar había servido en el ejército de los Estados Unidos y tomó parte en la defensa de Nueva Orleans cuando fué atacada por el general inglés Pakenham; acompañó á Gutiérrez de Lara en la invasión de Texas y se halló en la refriega de Río de Medina, donde fué derrotado Alvarez de Toledo, alistándose en seguida á las órdenes del comodoro Aury, de cuyas filas lo hemos visto pasar á las de Mina.

ñarle en la ribera derecha del río, á una legua distante de la villa, y acabó de disponer la defensa del fuerte, donde debía permanecer también el doctor don Servando de Mier.

El 24 de mayo de 1817 salió Mina de su campamento á la cabeza de poco más de trescientos hombres ¹, abriendo con este puñado de valientes una rápida y gloriosa campaña. Marchó hacia el sur de la provincia de Nuevo Santander, siguiendo la sierra que se extiende desde Padilla hasta Horcasitas. Para ocultar su paso á las fuerzas realistas de Garza, que no muy distantes se hallaban, la división caminó rápidamente y en silencio durante el primer día. Al siguiente entró en estrechos desfiladeros y luego en espesos é intrincados bosques, quizás no hollados antes por humana planta; el intenso calor y la falta de agua en aquellas desiertas asperezas fatigaron cruelmente á los valientes soldados de Mina, quienes hallaron algún alivio á sus padecimientos en una hacienda donde hicieron alto al tercer día de su salida de Soto la Marina. Repuesta la tropa un tanto prosiguió su marcha, sorprendiendo otra hacienda del tránsito, en la que halló depositados algunos de los efectos que se habían quitado pocos días antes á don Ramón del Moral, pero que fueron abandonados en seguida por el coronel Perry. Llegó la expedición á Horcasitas, y al atravesar el río Tamesí que corre al sur de esa población, el teniente Gabet cayó en él con su caballo y se ahogó. Mina dispuso que una sección de sus tropas marchase á un sitio cercano donde sabía que se hallaba un crecido número de caballos reunidos por el coronel realista don Cayetano Quintero en una finca suya, y destinados al servicio de los soldados del rey; fueron apresados, en efecto, setecientos, y esta adquisición fué de grande importancia para Mina, pues de esta suerte pudo montar á todos sus soldados y acelerar su marcha, que después de cruzar el Tamesí, se enderezó á la sierra de Tanchipa, con manifiesta intención de entrar en la provincia de San Luis, por el Valle del Maíz.

Mientras que Mina recorrió la revuelta y agria serranía que separa á Soto la Marina de Horcasitas, el coronel Armiñán, situado como antes hemos dicho á las orillas del Pánuco, creyó que la intención de aquél era dirigirse hacia la Huasteca para internarse á la intendencia de Veracruz, á fin de efectuar su unión con el general Victoria: en consecuencia, no se movió de sus

¹ Según las *Memorias* de Robinson, al salir la división de Soto la Marina estaba formada del modo siguiente:

General en jefe con su Estado Mayor.	11
Guardia de honor mandada por el coronel Young.	31
Caballería (húsares y dragones) á las órdenes del mayor Maillefer.	124
Regimiento de infantería «la Unión» al mando del mayor Stirling.	56
Primero de línea, capitán Travino.	64
Artillería.	5
Criados armados.	12
Ordenanzas.	5

acantonamientos resuelto á cerrarle el paso ó á caerle por la retaguardia cuando hubiese entrado en tierras de la Huasteca; pero la dirección que siguió Mina después de trasponer el Tamesí, le convenció de que el verdadero objeto de éste era invadir la provincia potosina por el rumbo oriental. En vista de este movimiento, reunió sus tropas, y ascendiendo el curso de ese mismo río hasta Horcasitas, se puso en seguimiento de la división independiente.

Ésta, entretanto, montada en los caballos que tomó en la hacienda del realista Quintero, había avanzado con rapidez, y el 8 de junio (1817) acercábase al pueblo de Valle del Maíz, donde se hallaba el capitán Villaseñor con su escuadrón de Sierra Gorda y alguna infantería para unirse con Armiñán, conforme á lo dispuesto por el gobierno vireinal. El jefe realista decidió defender el paso y avanzó hasta una altura situada á orillas del camino y distante tres leguas del pueblo. «La satisfacción que los soldados manifestaron al percibir al enemigo, dice Robinson en sus *Memorias*, convenció á Mina de que podía confiar en ellos, por lo que dió las disposiciones necesarias para empezar el ataque. Desmontóse la infantería, y los mejores tiradores de la guardia de honor y del regimiento de la Unión se destinaron á hacer el servicio de tropas ligeras. Estos hombres, en número de catorce, se dirigieron contra un espeso arbolado, en que se apoyaba la izquierda del enemigo, con intención de desalojarla, en tanto que el cuerpo principal se mantenía firme, dispuesto á obrar según las circunstancias. Los tiradores atacaron briosamente la espesura, mataron á quince enemigos é hirieron á otros muchos y obligaron á los demás á replegarse sobre su reserva. El general movió entonces el cuerpo principal, y cuando la reserva enemiga flaqueó á su vez, cargó en persona á la cabeza de veinte jinetes escogidos y persiguió vigorosamente á los doscientos soldados realistas por las calles del pueblo y fuera de éste hasta una distancia considerable. Allí se rehicieron algún tanto; pero el general con sus veinte hombres los volvió á atacar, los desbarató y obligó á huir. Siguió corriendo tras ellos cerca de dos leguas, les cogió un cañón y una pequeña pieza de montaña y los derrotó completamente. Volvió al pueblo y tomó posesión de él. El enemigo tuvo muchos hombres muertos y algunos prisioneros; en las tropas de Mina no hubo ningún muerto, pero sí algunos heridos. La intrepidez y habilidad de que dió muestras el general en esta ocasión, inspiraron á sus soldados no sólo un sincero afecto sino una confianza sin límites ¹.»

Después de tan importante ventaja, Mina dió dos días de descanso á sus tropas en Valle del Maíz, población rica entonces y provista de recursos, que formaba contraste con la desolada é ingrata zona que aquéllas acababan de atravesar. Había en el pueblo

¹ *Memorias* de Robinson, págs. 74 á 75.

algunos almacenes llenos de valiosas mercancías, cuyos dueños habían huído al acercarse la división expedicionaria, temerosos de los desmanes y atropellos de que los realistas acusaban sin fundamento á los soldados de Mina. Este general publicó una orden severísima prohibiendo el saqueo y toda clase de violencia, y pidió solamente á los vecinos una pequeña suma de dinero y algunos efectos de que tenía necesidad para el equipo de sus tropas. El día 10 (junio de 1817) tuvo noticia de que la división de Armiñán se aproximaba á marchas forzadas á Valle del Maíz, y aunque esta nueva no causó asombro ni desaliento en sus valientes, creyó prudente someter á una junta de sus oficiales la resolución que hubiera de adoptarse. Esa junta no dudó del brío de las tropas para resistir al nuevo y fuerte enemigo que se aproximaba; pero teniendo en cuenta que el principal objeto de la expedición en aquellos momentos era el de unirse cuanto antes á los sostenedores de la independencia en el *Bajío* y otros lugares del interior, decidió que debía evitarse un nuevo encuentro y marchar la división violentamente en dirección al oeste. Así acordado, las tropas salieron durante la noche del mismo 10 de junio por el camino que conduce á San Luis Potosí, y el general con su Estado Mayor las siguió en las primeras horas del siguiente día. Doblando las marchas y apenas tomando aliento sus intrépidos compañeros, llegó en la noche del 14 á la hacienda de Peotillos, situada á quince leguas al noroeste de San Luis, de la que habían huído anticipadamente el mayordomo y los criados llevándose cuantas provisiones pudieron cargar. Grande era el hambre que sentían aquellos valientes, pero mayor era el cansancio que les atormentaba por la apresurada y larga marcha que habían hecho desde Valle del Maíz; así fué que, convencidos de que no hallarían víveres en Peotillos, se rindieron al sueño con la esperanza de alimentarse á la mañana siguiente.

Amaneció el día 15 (junio de 1817), y cuando los soldados de Mina se disponían á restaurar sus casi agotadas fuerzas con los escasos comestibles que pudieran hallar, se avistó el enemigo á dos millas de distancia, y preciso les fué correr á las armas sin tomar un bocado desde hacía muchas horas. En efecto, Armiñán había entrado en Valle del Maíz el mismo día en que salió Mina; allí mandó fusilar á un herido de éste que halló en la casa del subdelegado. Reunido con los dispersos de Villaseñor y al frente de seiscientos ochenta infantes y mil cuatrocientos caballos había doblado sus marchas recorriendo en tres noches y dos días las treinta y seis leguas que separan á Peotillos de Valle del Maíz. Al avistar aquella hacienda hizo prisionero á un soldado del regimiento de la Unión que había quedado rezagado, y después de obtener de él amplias noticias relativas al número y organización de las tropas de Mina, ordenó que fuese pasado por las armas.

La hacienda de Peotillos, perteneciente en aquella

época á los frailes de la orden del Carmen, está situada al pié de una sierra que corre de norte á sur, dilatándose al este una vasta llanura cubierta entonces de trigales que interrumpían algunos breñales de espino. Dada la voz de alarma, Mina subió á una inmediata eminencia, y después de reconocer al enemigo, comprendió que era inevitable empeñar la acción, pues que la retirada á la vista é inmediato alcance de la numerosa caballería de Armiñán fuera lo mismo que aceptar la más pavorosa derrota. Con la rapidez que el caso exigía dispuso su plan de combate, fiando más en el arrojo de los suyos que en su pequeño número, comparado con el de los realistas que ya desplegaban sus filas en la llanura. Arengó con voz robusta á sus soldados diciéndoles que los que tenían al frente sólo eran cuatrocientos realistas, los cuales podrían ser desbaratados antes de que llegase el cuerpo principal, cuya marcha anunciaba la espesa polvareda que se veía detrás, y terminó preguntándoles si querían marchar al encuentro de los enemigos. Tres vivas entusiastas y unánimes le respondieron, y en seguida le aseguraron que estaban dispuestos á marchar con él á todas partes. El general formó entonces su línea de batalla con la guardia de honor y el regimiento de la Unión al mando del coronel Young; un destacamento de ese último cuerpo, otro del primero de línea y los criados armados se desplegaron en guerrillas, y la caballería fué destinada á cubrir los flancos. El número de estos combatientes, incluso el mismo general, su Estado Mayor y una pequeña reserva de diez jinetes apenas ascendía á ciento setenta y dos: el resto de la pequeña división con el coronel Noboa y el mayor Maillefer permaneció en la hacienda custodiando las municiones y bagajes.

Trabóse momentos después recio combate en la llanura. La vanguardia realista formada de varias guerrillas y de los jinetes de Sierra Gorda, Tulancingo y Nueva Vizcaya cargaron con furioso ímpetu y arrollaron á los débiles trozos de la caballería de Mina, pero la línea de batalla de éste los recibió con un sostenido y mortífero tiroteo que les mató veintidós hombres obligándoles á retirarse en desorden. Avanzó entonces la infantería de Armiñán ocultando su marcha en la maleza, y cuando estuvo muy próxima á la línea contraria hizo una descarga general que causó graves daños en los independientes. Mina retrocedió en dirección á la hacienda para reunir allí todas sus tropas, pero notando que el fuego de la infantería enemiga le causaba duras pérdidas y que gruesos trozos de caballería habían rebasado los sendos extremos de su línea, colocándose á la retaguardia para encerrarlo por completo, hizo alto, formó sus tropas en cuadro, y esperó con impavidez el decisivo asalto de aquellas masas, diez veces más numerosas que sus valientes.

La caballería realista se arrojó contra la retaguardia y los flancos del cuadro después de alancear á los

heridos regados en el campo. Mina vió que era llegado el momento en que debía decidirse la suerte de su expedición; dejó que se acercasen más los enemigos, y después de que su infantería gritó tres veces ¡viva! dió la voz de ataque y los soldados se abalanzaron á la bayoneta contra la nube humana que por todos lados los rodeaba. La caballería de Río Verde fué la primera en ceder á tan furiosa acometida y huyó espantada, cayendo sobre la infantería que se desordenó á su vez y emprendió la fuga en todas direcciones; los dragones de Tulancingo, con su teniente coronel Piedras, se dejaron arrastrar del pánico hasta la apartada población de Río Verde, y durante algunos días no se supo de ellos; Armiñán mismo y los demás jefes superiores retrocedieron precipitadamente hasta el punto de San José, situando en un desfiladero cercano un destacamento de caballería para contener á los fugitivos, «mas éstos iban tan llenos de terror que se metían ellos mismos por las lanzas de los soldados ¹.» Mina siguió el alcance por algún trecho, pero le fué preciso retroceder para alimentar á sus tropas que acababan de pelear durante tres horas y media, hambrientas y rendidas de cansancio. A su vuelta fué saludado con atronadoras aclamaciones, aun por los mismos heridos que habían quedado en el campo de batalla.

Pocos trofeos quedaron, sin embargo, en manos de los vencedores, debido á su falta de caballería y á la fatiga que los abrumaba: una pieza de artillería, cincuenta fusiles y algunas mulas cargadas de municiones recogieron en el lugar del combate; pero la victoria consistió en rechazar heroicamente una tropa décupla en número y resuelta á inmolar hasta el último de los compañeros de Mina ². La pérdida que confesaron los realistas haber tenido en este memorable hecho de armas, y que consignó la *Gaceta* de México, fué de nueve oficiales y ciento siete soldados muertos ó heridos, en tanto que la de los independientes ascendió á veinte oficiales y treinta soldados muertos ó heridos ³, baja muy considerable si se tiene en cuenta el reducido número de aquel cuerpo de ejército, siendo uno de los muertos el joven navarro don Lázaro Goñi, muy estimado de Mina y que peleó con admirable bravura. Armiñán tuvo la osadía de escribir al virey, al día

siguiente del encuentro, que el triunfo había sido para las armas reales, «no obstante que su caballería, asustada con la porfiada resistencia de los insurgentes, se retiró en confusión desordenando á su vez á la infantería, y que sólo necesitaba doscientos caballos más para destruir á Mina por completo.» Este singular documento, que excitó entonces el desprecio y la burla de los mismos oficiales españoles, terminaba con esta frase que disfrazaba toscamente las imposturas de Armiñán: «no hay más papel... ¹»

Si bravo era Mina en el combate, generoso y compasivo mostrábase después de la victoria, y así, al recorrer el campo de batalla, ordenó que los heridos del enemigo fueran trasladados á la casa de la hacienda para ser cuidados con el mismo esmero que los de sus tropas. Allí recibieron la primera curación del cirujano mayor de Mina, y éste, obligado á continuar su rápida marcha, hubo de abandonar á cuatro que eran de su división y cuyo estado de gravedad no permitía que los llevase consigo, pero dejóles una carta dirigida al jefe que primero llegase á Peotillos en que le suplicaba que los cuidase como él había atendido á los heridos realistas. Justo y honroso para Armiñán es consignar aquí que cuando ocupó la hacienda, al día siguiente, trató bien á los de Mina ordenando que fuesen trasladados á San Luis Potosí, y cuando estuvieron restablecidos se les permitió que salieran del país.

La gloriosa acción de Peotillos, cuya noticia se propagó rápidamente aumentando con justicia el renombre de Mina, no lo ponía á cubierto de un nuevo ataque que intentase Armiñán, repuesto un tanto de la sorpresa que le causó el descalabro del día 15. Comprendiólo así el joven general, y temiendo los resultados de un segundo combate en que las tropas vireinales volverían á presentarse diez veces más numerosas que las suyas, decidió llevar al enemigo una jornada de ventaja, con cuyo fin mandó quemar parte de los bagajes y cosas de menor utilidad, y á las dos de la mañana del 16 de junio salió de la hacienda, y después de marchar durante todo el día hizo alto en un rancho, donde sus tropas hallaron abundantes víveres y se entregaron al descanso. Armiñán, como antes dijimos, llegó á Peotillos ese mismo día, pero convencido de que el mal estado de sus tropas y caballos no le permitía perseguir eficazmente á Mina, permaneció en aquel lugar algunos días ocupado en reunir los dispersos de su división.

Entretanto, el pequeño y sufrido ejército avanzaba rápidamente hacia el poniente: el 17 de junio entraba en el pueblo de la Hedionda al son de las campanas, que el cura mandó tocar, aunque al mismo tiempo contaba los

¹ Véase Alamán, *Historia de México*, tomo IV, pág. 576, y la nota al calce de esa página marcada con el núm. 11, edición de 1850.

² «En el uniforme de un teniente coronel enemigo muerto en la acción, se halló la orden del día por la que se supo que la fuerza de los realistas, en el momento del ataque, era de mil setecientos ochenta hombres de caballería é infantería y trescientos de reserva... El estilo atroz en que estaba escrita esa orden excitó la indignación de las tropas de Mina. En ella se mandaba *no dar cuartel*, y tan seguro estaba Armiñán de la victoria, para lo cual tenía sobrado fundamento, que se daba la enhorabuena por haber en fin alcanzado al *traidor* Mina y á su *gavilla*, lisonjeándose de que ninguno de los que la componían escaparía con vida.» (*Memorias de Robinson*, págs. 82 y 83). Alamán sigue en esta parte la relación de Robinson.

³ Véase en el tomo III, época 2.^a del *Boletín de la Sociedad de Geografía mexicana*, págs. 145 y siguientes, las rectificaciones hechas por el señor Hernández Dávalos á las *Memorias* de Robinson respecto de este y otros puntos.

¹ «Y fué ventura, dice con este motivo Robinson, que si más papel hubiera habido, más falsedades hubiera froguado.» (Pág. 84). — Alamán dice lo siguiente: «El gobierno tuvo el mayor empeño en hacer pasar por una victoria la acción de Peotillos, y por tal la presentó Armiñán en el parte que dió el día 16, que terminó, sin duda por no saber qué decir, con estas palabras: «no hay más papel.» (*Historia de México*, tomo IV, pág. 577, edición de 1851).

soldados que formaban la tropa y daba informes de su número y organización al comandante realista de San Luis Potosí; al día siguiente llegó á la hacienda del Espíritu Santo, que estaba fortificada y defendida por su dueño, que era un español; éste huyó á San Luis con toda su gente de armas al aproximarse los independientes, y Mina fué recibido por las mujeres que llevaban en procesión la imagen de la Virgen y cantaban himnos religiosos para ablandar á los que creían que iban á exterminarlas; pronto, sin embargo, se aquietaron viéndose respetadas, y que los soldados, en vez de saquear sus casas, pagaban exactamente cuanto necesitaban. Mina no se detuvo en este lugar, y prosiguiendo su precipitada marcha llegó al anochecer del 19 á las inmediaciones del Real de Pinos, rico mineral de la intendencia de Zacatecas.

Gruesas trincheras y hondas cortaduras defendían las calles de esa población que terminaban en la plaza, y contaba trescientos hombres de guarnición con cinco cañones á las órdenes del subdelegado López Portillo. Mina intimó la rendición ofreciendo garantías para las personas y las propiedades, pero amenazaba con las consecuencias si se veía obligado á efectuar el asalto; López Portillo contestó con altivez, y en consecuencia el general dictó sus disposiciones para emprender el ataque á la mañana siguiente. Era ya noche cerrada cuando las tropas independientes, divididas en secciones, ocuparon los puntos que respectivamente se les fueron señalando: un destacamento de quince soldados del regimiento de la Unión marchó á reforzar un puesto confiado ya á otra partida del primer regimiento, y como antes de llegar á su destino observasen que podían, sin ser sentidos, pasar por las azoteas hasta la plaza misma, decidieron hacerlo así, deseosos de distinguirse con este atrevido golpe de mano. Llegaron, en efecto, sin que el enemigo los percibiera, descolgáronse á la plaza, y guiados por las lumbradas de la tropa que se hallaba de guardia arremetieron contra ella á la bayoneta y la obligaron á huir quedando dueños de los cinco cañones; los demás defensores de la plaza sólo atendieron á buscar la salvación en la fuga, y Mina, informado prontamente del caso, ocupó con sus tropas toda la población que acababa de sucumbir á un puñado de atrevidos soldados. En castigo de no haberse rendido cuando se le hizo la intimación, el general la entregó al saqueo, pero prohibió severamente todo insulto y violencia á las personas. Cuantioso fué el botín arrebatado á la vencida Pinos, pero un soldado del regimiento de la Unión á quien se sorprendió en el acto de robar algunos útiles de una iglesia, fué fusilado inmediatamente, é igual suerte tuvo algunos días antes un mexicano que había robado la capilla de Palo Alto, pues á Mina interesaba vivamente desvanecer el cargo que le dirigían los realistas llamándole hereje y destructor de las iglesias ¹.

¹ *Memorias* de Robinson, págs. 89 y 90.

Puestos en libertad los prisioneros y llevando como trofeo de su triunfo una bandera, cuatro cañones, algunas cajas de armas y otros efectos de guerra (pues dos cañones y quince cargas de municiones fueron arrojados á un pozo por falta de acémilas que las condujesen), Mina salió de Pinos la noche del 19 de junio y se dirigió al Sur con intención de unirse cuanto antes á las tropas independientes del *Bajío*. Durante tres días la división independiente recorrió las desoladas llanuras que se extienden en esa parte de la intendencia de Zacatecas, sin encontrar alma viviente. «Algunas casas arruinadas y gran porción de restos humanos esparcidos aquí y allá, dice Robinson en sus *Memorias*, daban un aspecto de desolación á la escena, indicando bastante los males que el país había sufrido con la revolución, y por espacio de tres días ni una sola criatura humana vieron los soldados en aquellas tristes soledades. Tampoco hallaron provisiones de ninguna especie; por fortuna, la tierra estaba cubierta de hermosa hierba, con lo que los caballos tuvieron alimento de sobra y pudieron resistir la fatiga.» La división hizo alto la noche del 22 de junio, y á la mañana siguiente el general ordenó que el capitán don Pablo Erdozaín, navarro como él, acompañado de una escolta de caballería, marchase á la descubierta en busca de alguna partida de insurgentes que creía había de hallarse por aquellos rumbos. Así sucedió, en efecto, pues á poco aquel oficial y los suyos se vieron acometidos por una tropa de insurgentes, los cuales no teniendo noticia de la expedición de Mina, y viendo bien vestidos y armados á los de la escolta creyeron que eran realistas. Erdozaín pudo con gran trabajo hacer cesar el fuego y anunciar á los de la partida que Mina se hallaba á poca distancia, ofreciéndose en rehén mientras algunos de aquéllos se avistaban con el general. Grande fué el júbilo que estalló en la división al saber que después de tantos sufrimientos se había efectuado la anhelada unión con los independientes que luchaban en el interior de Nueva España. Mina pasó á ver al comandante de aquellas fuerzas, que se llamaba don Cristóbal Nava ¹, y en la tarde volvió acompañado de éste á su campamento. Por él supo que á cinco leguas de allí había un rancho ocupado por una tropa de independientes, donde su división hallaría regular alojamiento, y que cuatro leguas más allá estaba el fuerte del Sombrero defendido por el patriota don Pedro Moreno.

Marchó inmediatamente la división hacia el rumbo indicado por Nava, y al ascender los Altos de Ibarra des-

¹ En las *Memorias* de Robinson, págs. 91 y 92, se halla una minuciosa descripción de los trajes y armas que llevaban Nava y sus soldados: «... aunque el traje de estos cosacos mexicanos, añade el autor ya citado, parecía tan extravagante, eran arrogantes mozos, estaban llenos de intrepidez y acostumbrados á las fatigas y á las privaciones. El distrito del mando de don Cristóbal era bastante pobre y á esto debe atribuirse la extrañeza de su disfraz. En las provincias ricas, aunque los oficiales patriotas estaban vestidos con el mismo gusto que es general en el paisanaje de México y no deja de parecer bien, gastaban, con todo, grandes sumas en ropa y en caballos.»

cubrió en la llanura un numeroso cuerpo de realistas, cuyo encuentro hubiera sido quizás de graves consecuencias para Mina por la fatiga que rendía á sus soldados, después de varios días de marcha incesante. Sin embargo, el cuerpo de tropas realistas, que estaba formado del batallón de *Navarra* y de varios escuadrones, todo á las órdenes de Orrantía, no intentó estorbar el paso á la expedición, acampó en una hacienda y se retiró en seguida á la villa de León ¹; Mina llegó en la noche del 23 al *ranchito*, en el que halló abundantes provisiones que fueron muy oportunas para sus valientes, y entretanto, el capitán don Pablo Erdozaín, que había quedado en rehenes en poder de la partida de Núñez, pasó al fuerte del Sombrero á ver á su comandante don Pedro Moreno, quien lo envió á Mina felicitándole por su llegada é invitándole á trasladarse al fuerte. Aparte de esto, Moreno ordenó al teniente coronel don Santiago González que avanzase hasta la hacienda de Ibarra para recibir y acompañar desde allí al ilustre vencedor en Peotillos.

Este entró en las posiciones fortificadas del Sombrero al amanecer del 24 de junio (1817), y su división llegó en la tarde de aquel día, siendo uno y otro recibidos con ardientes manifestaciones de júbilo por los soldados de Moreno. Dos días después Mina anunciaba á la junta de Tajuilla su unión con los independientes en el siguiente oficio:

«Fortaleza del Sombrero.—Excelentísimo Señor: Aunque desde antes de ayer he llegado á esta fortaleza del Sombrero, no he escrito á V. E. hasta hoy, porque estando una partida enemiga en las inmediaciones de este punto no había tenido el desembarazo necesario para verificarlo.

»Ha sido imposible imponer por escrito á V. E. circunstanciadamente de todo lo que ha ocurrido desde que tomé á mi cargo la expedición con que he venido; pero don Cornelio Ortiz de Zárate ², que va á partir para allá á la mayor brevedad, informará á V. E. más detalladamente.

»Él instruirá á V. E. de mis intenciones y de los sacrificios pecuniarios que se han hecho para formar la expedición, que de otra suerte no se habría formado. Si tuviera á mano todos los papeles concernientes al asunto, remitiría á V. E. las cuentas; mas lo haré en primera ocasión para que V. E. disponga hacer el pagamento conveniente.

»La adjunta copia manifestará á V. E. el modo con que he dado sus despachos á los oficiales que me acompañan, y espero que V. E. tendrá la dignación de aprobarlos.

»Dios guarde á V. E. muchos años, 26 de Junio de 1817.—*Javier Mina*.—Excelentísimo Señor Presidente y vocales de la Junta provisional ³.»

¹ En las *Memorias* de Robinson y en la *Historia de México*, por Alamán, tomo IV, pág. 581, se afirma que Orrantía, después de la derrota de los realistas en Peotillos, recibió orden de impedir la reunión de Mina con los independientes del interior, y que aquel jefe, no obstante lo fácil que le hubiera sido atacar á la división expedicionaria á su paso por los altos de Ibarra, se abstuvo de hacerlo y se retiró á León.

² Este personaje acompañaba á Mina desde el puerto de Galveston.

³ Véase este documento en el tomo III, pág. 145 del *Boletín de*

Más de doscientas veinte leguas había recorrido la división en treinta días, á contar desde su salida de Soto la Marina. Atravesó una vasta zona cubierta de enemigos; rechazó dos veces á fuerzas superiores, y en una de ellas peleó en la proporción de uno contra diez; á su paso se apoderó de una población fortificada; sufrió en su marcha las mayores privaciones, pero ni el hambre, ni la sed, ni la fatiga extrema, ni la constante alarma arredraron á los valientes de Mina, quienes veían á su jefe, el primero á la hora del peligro y el primero también en afrontar con serenidad estoica los rudísimos trabajos de la campaña, animándolos con su palabra y con su ejemplo. El número de los que la formaban al llegar al fuerte del Sombrero ascendía á trescientos veinte hombres, y se hallaban divididos del modo siguiente, según la noticia que formó el coronel don Diego Noboa, jefe de Estado Mayor del ilustre Mina:

Estado mayor.	12 hombres ¹ .
Oficial de ingenieros.	1 "
Total de los cuerpos.	288 "
Artilleros.	5 "
Ordenanzas del Estado Mayor.	2 "
Criados armados.	12 "
Total efectivo para tomar las armas 320 "	

La pérdida de la expedición entre muertos y heridos, desde Soto la Marina hasta el fuerte del Sombrero consistió en cincuenta y cinco hombres, de los cuales eran oficiales veintidós. Y fueron los trofeos que al enemigo arrancó en Valle del Maíz, Peotillos y Real de Pinos, nueve cañones, noventa y seis fusiles, una bandera, ciento treinta lanzas y sables y una considerable cantidad de municiones de guerra; la falta de acémilas y la precipitación de su marcha obligaron á los vencedores á abandonar varios de esos cañones y pertrechos, cuidando de inutilizarlos.

Fué la llegada de Mina, según lo afirman varios documentos de la época, motivo de grandes esperanzas para los que luchaban aún por la independencia y por eso la festejaron con ruidosas demostraciones de entusiasmo. Había á fe sobrada razón para esas efusiones entre los defensores de la patria. Sin preceder al arrojado caudillo otras noticias que las de su atrevida marcha y sus gloriosos encuentros en Valle del Maíz, Peotillos y Pinos, aparecía de repente en el *Bajío* al frente de sus bravos decidido á seguir combatiendo por la libertad mexicana. Su porte noble y franco, su juven-

la *Sociedad mexicana de Geografía y Estadística*, 2.ª época, artículo del señor don Juan Hernández Dávalos, intitulado: *Facsimiles*.

¹ Véase ese estado en el artículo citado en la nota anterior. La diferencia entre este número y el de los que formaban la división al salir de Soto la Marina, teniendo en cuenta, además, la baja de cincuenta y cinco hombres que ésta tuvo durante su marcha con motivo de los varios combates que sostuvo, debe explicarse con la incorporación á sus filas de algunos voluntarios.

tud y gallarda presencia, y su carácter accesible le conquistaban rápidamente las voluntades de todos los que se le acercaban. Entre los jefes realistas que sostenían la dominación se difundió, por el contrario, un sentimiento de temor y de ansiedad que sólo terminó con la caída definitiva del esforzado navarro. Las proezas de éste en la península cuando luchaba contra los invasores franceses, eran conocidas de casi todos sus compatriotas, y este prestigio de su nombre se había aumentado con los brillantes hechos de armas que señalaron su famosa

marcha desde las playas de Nuevo Santander hasta el corazón de Nueva España. Un esfuerzo vigoroso por parte de los sostenedores de la independencia para auxiliar eficazmente al denodado campeón que les deparraba la fortuna, y la adopción por parte de éste de un plan determinado en sus operaciones hubieran quizás abreviado cuatro años la porfiada y sangrienta contienda. Uno y otro faltaron, por desgracia, como veremos en el curso de los sucesos, y la libertad de México anotó en el largo catálogo de sus mártires el preclaro nombre de Mina.